

de amaros eternamente en la otra, en que reynais con el Padre y con el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

SERMON XLVIII.

DEL AMOR DE LOS ENEMIGOS

EN EL PRIMER VIERNES DE QUARESMA.

Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros.
Math. 5.

Estoy dudando, Excelentísimo Señor, de que enemigos habla la Magestad de Christo, imponiéndonos la obligacion de amarlos. ¿De los infieles, ó de los christianos? Con los apóstoles, á quienes dirigió el Señor las palabras que acabo de proferir, parece que solamente hablaba de los Judíos y Gentiles, enemigos declarados, y segun previno, fieros lobos, que havian de perseguir hasta devorar las mansas ovejas de su rebaño. Por que los christianos no fuéron enemigos de los christianos, y ménos de los apóstoles, en aquellos dichosos tiempos en que la Iglesia no solo era una, por ser uno el Dios que adoraban, una la fe que profesaban, y uno el Bautismo que recibian los fieles, sino por que era uno mismo el corazon, una misma el alma de todos ellos, segun el testimonio, y la frase de la Escritura. *Multitudinis credentium erat cor unum, & anima una.*

(*) Predicado en la Capilla del Capitan General de Valencia en donde asiste la Audiencia, dia 26. de Febrero de 1751.

¹ Act. 4. v. 23.

2 Tan unidos estaban, tan unánimes entre sí los primeros christianos, que qualquier amago de discordia era un escándalo en la Iglesia. Pues noticioso san Pablo ¹ de que los Corintios havian formado tres escuelas distintas, diciéndose unos discípulos suyos, otros de san Pedro, y otros de san Apolo; les afeó el atentado, que en cierto modo tiraba á dividir á Jesu-Christo. *¿Divisus est Christus?* Sabiendo así mismo, que seguian algunos pleytos en los tribunales, les reprendió, y siempre con tal severidad, que si los predicadores la usáramos contra los vicios mas enormes, la delicadez de este siglo nos calificara de ásperos, é imprudentes. Pues por aquella division de escuelas los trató el Apóstol de ignorantes, carnales y mundanos. Y por los pleytos les dixo: Antes de llegar á ese extremo, ¿como no sufrís las violencias y fraudes, con que otros intentan quitarnos lo que es vuestro? Y en caso que no querais ceder á vuestro derecho, es verguenza que no elijais uno de vosotros, que amigablemente os componga; bastando qualquiera, el mas despreciable de la Iglesia para juzgar y terminar los negocios temporales. *Contemptibiles qui sunt in Ecclesia, illos constituite ad iudicandum.*

3 Si no supiéramos que san Pablo escribió inspirado de Dios, diríamos, que ingenioso pretendió darnos la idea de una república mas hermosa que la de Platon; pareciendo que no es realmente posible tanta uniformidad de dictámenes, tanta unanimidad entre los hombres. Pero conociendo el Apóstol que la divina gracia vence los imposibles de la naturaleza, quiso que efectivamente fuesen los christianos lo que les decia que debian ser: habló sin exágeracion, y en consecuencia de uno de los principales artículos de nuestra fe; qual es la unidad de la Iglesia. Por que siendo la Iglesia un sagrado místico cuerpo, compuesto de todos los fieles, que reconocen por cabeza á Jesu-Christo,

Bbb 2

de-

¹ D. Paul, epistol. 1 ad Cor. 1. 3. 6.

deben estar entre sí unidos al modo que lo están los miembros del cuerpo humano. De este símil se vale frecuentemente en sus cartas el Apóstol, como el más propio para explicar la inefable misteriosa unidad de la Iglesia. Pues así como las partes de nuestro cuerpo, no obstante su diversidad, y la variedad de sus funciones unas más nobles que otras, entre sí enlazadas por medio de los nervios y de las arterias, reciben de la cabeza, en donde principalmente reside el alma, la vida, y el movimiento para las acciones, con que mutuamente se ayudan; así todos los cristianos, sin embargo de la distancia de lugares, y de la diferencia de condiciones, estados, edades, y sexos, unidos entre nosotros mismos con el vínculo de la caridad y de la paz, participamos de nuestra cabeza Jesu-Christo, en quien está de lleno el Espíritu Santo, la vida de la gracia, y el impulso para las oraciones, y buenas obras, con que recíprocamente nos socorremos.

4 ¡Que infelices son los infieles, los hereges, los cismáticos y los descomunados, separados de nosotros, y de nuestra cabeza Jesu-Christo! ¿Entre ellos pues, fuera de la Iglesia habremos de buscar los enemigos, que debemos amar? Así debiera ser, como fué en los tiempos apostólicos. ¡Mas ay! que no es así. ¡Ay! ¡el semblante de la Iglesia, amada esposa de Jesus se ha denegrido! ¡El oro de la caridad que la hermoseaba se ha trocado en escoria! ¡Ay, sus propios hijos, sus miembros la despedazan, haciéndose la más cruel intestina guerra! ¡Que furor! ¡Que frenesí! Por que ¿quando vemos, que la boca, las manos y demás partes de nuestro cuerpo se maltratan y lastiman, sino quando estamos furiosos ó frenéticos? Pues lo mismo sucede en los cristianos que se aborrecen y persiguen. Verdaderamente permanecen miembros de la Iglesia mientras que profesan su fe, y reciben sus Sacramentos; pero son miembros muertos, habiendo disuelto, ó roto el vínculo de la caridad, por cuyo conducto se nos comunica la vida de la gracia.

5 No permita Dios, decía S. Juan Chrisóstomo á sus oyentes, que por nuestra parte con discordias y enemistades se rompa el sagrado lazo del amor, que nos une y estrecha en Jesu-Christo. Mas todavía, para que conservemos esta union, que nos es tan provechosa, no basta que amemos á los amigos que nos aman, segun pretendian los Fariseos; sino que debemos amar á los enemigos que nos aborrecen. Así porque no padece excepcion la ley general ó máximo precepto del amor del prójimo; como porque tenemos en el Evangelio una ley particular que lo manda tan claramente, que no permite la menor duda de que es precisa, grave la obligacion que tenemos de amar á los enemigos. *Diligite inimicos vestros.* Sin embargo el demonio por medio del amor propio mueve muchas dudas sobre el modo de amar á los enemigos, con que pretende engañar á los más timoratos; y para desvanecerlas, he resuelto manifestar esta mañana, que debemos amarlos de veras. No pienso, señores, discurrir con novedad sobre un asunto comun, aunque el más propio: ni me prometo, que mis pensamientos por su hermosura han de merecer vuestro agrado. Bien que teniendo presente, que el Areopago, Senado el más justo que conoció la antigüedad, previno á sus oradores, que no usaran de los adornos de la eloqüencia, sino que fiaran toda la defensa á la sencilla exposicion de la verdad y justicia de la causa; imitándolos en esta parte, puedo esperar vuestra aprobacion.

ASUNTO.

6 Si por enemigos solamente se entendieran aquellos, que haciendo empeño de serlo, se persiguen mutuamente, y se buscan para matarse, fuera en vano exhortaros á que améis de veras á vuestros enemigos.

Porque ya cesaron aquellas enemistades, ó bandos, que en los siglos pasados fueron el oprobio y escándalo de estos reynos: Ya la divina Justicia para castigo, ó para remedio de aquellos desórdenes, ha quitado las armas de las manos de los que locos las manejaban, no en beneficio de su patria, sino en perjuicio de sus propios paysanos: ya, gracias á Dios se acabó una tan abominable especie de enemigos; y gracias á V. Exc.^a que vigilante, justo, contiene y castiga á quantos intentan perturbar la pública quietud.

7 Pero en defecto de estos, nuestra voluntad depravada hace enemigos á los que no lo son, y los aborrece; al mismo tiempo que hace amigos á los que no lo son, y los ama. Porque compitan con nosotros nuestros próximos, aunque por medios regulares, en la pretension de algun empleo útil ú honroso, adelantémoslos por su aplicacion ó fortuna en el mérito ó en el favor; que luego sentimos en nuestro corazon ambicioso y vano la emulacion, la envidia, y el deseo de ajarlos y deslucirlos. Desengañémoslos, díganlos la verdad desnuda; inmediatamente engendra odio, verificándose en nosotros el vulgar injusto adagio: *Veritas odium parit*. Niéguese con razon á hacernos el gusto que les pedimos, nos damos por muy ofendidos. Y es, que sobervios ó apasionados tomamos los empeños con el encono que Agesilao rey de Lacedemonia, de quien se refiere, que á favor de un preso escribió al Juez el siguiente lacónico papel: *Si Nicias es inocente, sacadle de la carcel por serlo; si es culpado, sacadle por mi respeto: en todo caso ha de quedar libre é impune*. No sé lo que hubiera hecho aquel príncipe, en esto iniquo, por lo demas esclarecido, si hubiera quedado desayrado. Pero bien sé, que muchos desatendidos de los que por su desgracia son sus dependientes, respiran venganzas, y efectivamente los atropellan, tratándolos como enemigos, y tomando satisfaccion de un agravio imaginario con una injuria verdadera.

8 Al contrario, condescienden á nuestra sinrazon, lisongean nuestro gusto, aplauden ó disimulan nuestras faltas, nos facilitan ocasiones en que saciar nuestra avaricia, ó en que desahogar nuestro torpe apetito, ya son nuestros íntimos amigos. ¡Que trastorno! ¿Porque título son enemigos aquellos, que no nos hacen el menor mal? ¿Porque título son amigos estos que nos hacen pecar, y por consiguiente el mayor mal? ¿No es en sentir de un gentil, como Ciceron¹, la primera y fundamental ley de la amistad, que ni pida, ni conceda el amigo, sino lo lícito y honesto? ¿Y, lo que es mas, no nos manda Christo Señor nuestro por san Lucas², aborrecer á padres, madres, mugeres, hijos, y hermanos; esto es, segun interpreta san Gregorio³, huir, abominar de ellos, siempre que se oponen á nuestros buenos deseos, ó quieren apartarnos del camino de la virtud? *Qui sequitur me, & non odit patrem suum, & matrem, & uxorem, & filios, & fratres, & sorores, non potest meus esse discipulus*.

9 Me ha parecido exponer los engaños que frecuentemente padecemos, y los principios por donde debemos governarnos en el conocimiento de los que son amigos, ó enemigos nuestros; así porque de aí depende mucho el negocio de nuestra salvacion, como porque hemos adquirido alguna luz del modo, con que debemos amar á nuestros enemigos. Pues así como debemos amar á nuestros padres y parientes de modo que podemos aborrecerlos, quando se oponen al bien de nuestras almas; así debemos amar á nuestros próximos, de modo que podemos aborrecerlos, quando son verdaderos enemigos, que injustamente nos hacen mal. Pero para conciliar este amor y odio, hemos de distinguir en ellos con el Angélico doctor santo Tomas, el respeto de hombres, y el respeto de enemigos: en quanto hombres, debemos amarlos; en quanto enemigos,

¹ De amict. num. 40. ² Luc. 14. ³ D. Greg. hom. 37.

gos, podemos y debemos aborrecerlos. Y los amamos en quanto hombres, deseando que lo sean con los bienes que les competen; y los aborrecemos, en quanto enemigos, deseando que no lo sean, no tanto porque dexen de hacernos mal, quanto porque dexen de ser malos. De suerte, que el odio con que aborrecemos la enemistad de quien nos persigue, nace del mismo amor de caridad con que les amamos, y queremos su mayor bien.

10 No puede ser esta doctrina mas cierta, ni mas clara de lo que es; y de ella legítimamente se infiere lo que me propuse probar, que debemos amar de veras á nuestros enemigos, ó segun la expresion de S. Juan, con las obras, y en verdad. *Diligamus opere & veritate*. Con esto me contento, como se contentó el mismo Evangelista, no pidiendo á sus discípulos en los últimos años de su vida, sino que mutuamente se amaran. *Filioli, diligite alterutrum*. Y refiere san Gerónimo, que quejándose ellos de que siempre les predicaba lo mismo, les respondió, que eso solo bastaba. *Si solum hoc fiat, sufficit*. Basta, señores, que amemos de veras á nuestros enemigos, para que cumplamos con toda su extension el precepto del Evangelio *Diligite inimicos vestros*. Pero sondeemos bien nuestro corazón, para certificarnos del fondo, ó verdad de nuestro amor. ¿Deseamos el bien á nuestros enemigos? ¿Nos compadecemos de su mal? ¿Nos alegramos de su felicidad? ¿Nos entristecemos de su desgracia? ¿Sufrimos con paciencia sus injurias? ¿Las perdonamos con generosidad? ¿Buscamos ocasiones de aplacar su ira, saludándoles con agrado, hablándoles con dulzura, haciéndoles beneficios? Nuestro amor es verdadero: es amor de caridad. De otra suerte, no es amor, es odio el que tenemos á nuestros enemigos.

11 Sin embargo, estamos viendo cada dia, que dándose uno por ofendido de otro, si le hablamos del amor

1. Joann. 3. 18.

amor con que debe amar á su enemigo, protesta, que no le quiere mal, que le quiere bien, que le ama con todas veras. Pero si le rogamos que se muestre afable y cariñoso, que de algun paso hácia la reconciliacion, ó á lo ménos, que permita, que el otro le busque, para pedirle perdon, se escusa en que no es menester, y con otros frívolos pretextos. Y querrá que le creamos. Si aun baxo las mejores señales de amor encubriéron Esau y Absalon un odio mortal á sus hermanos Jacob y Abnon; si en los palacios, en las cortes, en las ciudades se aborrecen de muerte los que se hacen mil fiestas, faltando estas apariencias de amor, que cuestan tan poco; ¿hemos de creer que hay verdadero amor, que cuesta tanto? ¡Que ilusion!

12 El verdadero amor de caridad por su naturaleza, segun la definicion que le dió San Pablo¹, es sufrido, benigno, compasivo, gracioso, benéfico, sin exepcion de personas, de amigos ó enemigos. Y Dios, que nos manda en el Evangelio tener un amor con todas estas calidades á nuestros enemigos, nos da el exemplo en sí mismo, exercitándole con nosotros pecadores. Pues amándonos, se compadece de nuestra desgracia, nos mira con agrado, nos oye con gusto, nos llama con dulzura. Sin detenerse en que nosotros injustamente le ofendimos, rompimos la paz y la amistad; nos ofrece la gracia del perdon, mueve pláticas de paz, y nos convida con su amistad. Nosotros, como el hijo pródigo, nos salimos de su casa, y el Señor, como buen padre, quando volvemos arrepentidos, nos sale al encuentro, y nos abraza. Nosotros, como la oveja perdida, nos descarriamos de su rebaño, y su Magestad como buen pastor nos busca; y hallándonos, nos toma sobre sus hombros, y celebra una gran fiesta, en prueba de su regocijo. Esto y mucho mas executa Dios ofendido y ultrajado de nosotros; ¿y con todo no he-

Tom. II.

Ccc

mos

¹ 1. Corint. XIII.

mos de hacer otro tanto con nuestros próximos, que nos ofendieron? Muy poca veneracion nos debe un exemplar tan autorizado. Muy poco aprecio hacemos del honor de ser hijos de Dios.

13 Porque Christo Señor nuestro promete, que seremos hijos del Padre Celestial, si amamos á nuestros enemigos. Y San Juan Chrysóstomo distingue en nosotros tres filiaciones respeto de Dios. Una de adopcion, otra de reconciliacion, y otra de imitacion. La filiacion de adopcion es aquella, de que habla San Juan quando dice: Que es tan grande el amor que Dios tiene á los justos, que por medio de su gracia hace, que no solo se llamen, sino que sean hijos suyos. ¹ *Ut filii Dei nominemur, & simus.* La filiacion de reconciliacion es la que Jesu-Christo hablando del hijo pródigo atribuye al pecador arrepentido. ² *Hic filius meus mortuus erat, & revixit.* La filiacion de imitacion es la que nuestro Señor desea inspirar á sus verdaderos discípulos, diciendo: Que sean semejantes á su Padre Celestial en las perfecciones. ³ *Estote perfecti, sicut Pater vester cœlestis perfectus est.* Pues de estas tres maneras seremos hijos de Dios, si amamos de veras á nuestros enemigos. Lo seremos por adopcion, como los demas justos: lo seremos por reconciliacion, como los pecadores arrepentidos: y sobre todo lo seremos por imitacion; porque como dice el Señor, nos asemejaremos al Padre celestial, que hace salir el sol sobre buenos y malos, llueve sobre justos y pecadores, liberal á manos llenas derrama sus bienes sobre amigos y enemigos. ⁴ *Ut sitis filii Patris vestri, qui Solem suum oriri facit super bonos, & malos: & pluit super justos, & injustos.*

14 No confundo, Señores, el precepto de amar á los enemigos con el consejo de hacerles beneficios.

Por-

¹ 1. Joann. 3. v. 1. ² Luc. xv. 24. ³ Matth. v. 48. Ibid. 45.

Porque hablo de beneficios comunes, en que deben comprehenderse los enemigos, como todos los próximos; no de especiales beneficios, á que no estamos tenidos, sino quando lo pide la necesidad ó estrechez de nuestros enemigos. Fuera de este caso, es consejo. Pero no puedo, Señores, escusarme de advertir, que hay unos consejos, que solamente pertenecen al estado de perfeccion, como son los de castidad, y de voluntaria pobreza, y otros, que conducen mucho á la observancia de los preceptos, como el consejo de no detenernos á mirar mugeres profanamente vestidas, que conduce para guardar el precepto de no deseirlas. Y de la misma calidad es el consejo que nos da Jesu-Christo en el Evangelio de beneficiar á los que nos aborrecen: *Benefacite his, qui oderunt vos;* de cuya observancia depende en gran manera la del precepto del amor de los enemigos. *Diligite inimicos vestros.*

15 No en vano el Señor puso aquel consejo tan cerca de este precepto. Pues si bien se mira, semejantes consejos son los antemurales de los preceptos: son como las obras exteriores de una plaza. ¿Y que buen Governador se descuyda de la defensa de las obras, ó fortificaciones exteriores, las abandona á los enemigos, confiado en la fortaleza de los muros? Damos por perdida la plaza, como se perdió Jerusalem derribados sus antemurales, segun se lamentó Jeremías ¹. *Luxitque antemurale, & murus pariter dissipatus est.* Pues así nuestras almas, symbolizadas por aquella ciudad, estan circuidas de los antemurales de los consejos, y de los muros de los preceptos. Si abandonamos la defensa de aquellos, ¿quán arriesgada queda la guarda de estos? Pero si puestos en el empeño de preservar nuestras almas de las hacechanzas, y del dominio del demonio, quando nos acometen nuestros enemigos para herirnos en el honor, en la hacienda, ó en la

Ccc 2

vida,

¹ Tren. 11. 8.

vida, no solo recibimos con serenidad y paciencia los golpes y las injurias, sino que las rebatimos con beneficios; ¡quan resguardado queda el precepto del amor! ¡Quan seguras nuestras almas! ¡Qué triunfo, qué gloria conseguimos!

Es arduo, yo lo confieso, hacer bien á los que nos hacen mal. ¿Pero que la arduidad nos acobarda? ¿Acaso ignoramos que Dios llamándonos por su misericordia al conocimiento de la fe y de la ley christiana, nos llamó y destinó á la ardua empresa de resistir á nuestras pasiones, rebeldes por la culpa original? ¿Ignoramos que el Reyno de los Cielos no se consigue sino á costa de hacernos violencia, y guerra á nosotros mismos hasta vencernos? ¿Ignoramos que con los auxilios de la divina gracia se superan todas las dificultades que nos oponen el mundo, demonio y carne, y que su Magestad está pronto á franquearlos á los que dignamente se los piden? Pidámosle al Señor humilde y continuamente que nos conceda la paz interior que dexó en herencia á los apóstoles, y á todos los buenos christianos, que no nos la negará.

16 Finalmente para concluir, volviendo á mi primera proposicion, no es muy arduo hacer bien á nuestros enemigos, si los amamos de veras. ¿Porque no vemos, que un amigo asiste á otro enfermo de frenesí, y por lo mucho que le ama sufre que le lastime, á trueque de que tome el alimento y la medicina que ha de curarle? Pues hagámonos cargo, que los que nos aborrecen é injurian estan frenéticos, y que amándoles y haciéndoles bien les curaremos, y haremos volver á la razon de amigos nuestros.

Los beneficios que hiciésemos á nuestros enemigos, decia san Pablo,¹ serán carbones encendidos, que arrojados sobre sus cabezas, encenderán en sus pechos el fuego de la caridad, que se apagó con el odio. *Hoc faciens, carbones ignis congeres super caput ejus.* ¿Y que me-

¹ Rom. XII. 20.

mérito tendremos para con Dios, haciendo amigos suyos á los que eran sus enemigos? Podremos darnos por seguros de su amistad, en premio de haver restituido á la nuestra á los que la perdiéron. No queramos pues seguir los ímpetus de la ira, que moviendo al odio y á la venganza de la injuria, nos apartan de Dios. Sigamos las inspiraciones del Cielo, que llevándonos al perdón y amor de nuestros enemigos, nos unen con Dios. Pongamos los ojos en su amado Hijo Jesus, y viéndole compadecido, enamorado de los que le crucifican, tengamos lástima de los que nos injurian, y tengámosla de nosotros mismos, si hemos llegado á aborrecerlos. Porque estamos en desgracia de Dios, somos reos de las penas del infierno. Salgamos de tan mísero estado, deponiendo el odio, perdonando á nuestros enemigos, y pidiendo al Señor que nos perdone. Perdonadnos, Padre amoroso, así como perdonamos á nuestros enemigos. Infundid en nuestros corazones á vuestro Espíritu, al Espíritu de amor, para que amemos en vuestro Hijo Jesus á nuestros próximos, y á Vos Bien infinito, sirviéndoos en la tierra, y gozándoos en el Cielo por todos los siglos de los siglos. Amen.

ERRATA. LEE.

Pag. 54lin. 2losnos
p. 165l. 34muger,	niña niña, muger
p. 181l. penul.	Posido Posidio
p. 183l. 7calaminad. calamidad
p. 206l. 3ufanoufanos
p. 212l. 3OmnesOmnis
p. 213l. 28emiiemi
p. 219l. ult.la justael justo
p. 246l. 8magnificenciamagnificencia
p. 252l. ant. pe.frentefuente
p. 253l. 9 <i>ſ</i> eisex eis
p. 257l. 19PrimiteriusPrimicerius
Ideml. 31plenasplenus
p. 258l. 10santostantos
Ideml. 13trazartratar
p. 268l. 26ofatoolfato
p. 286l. 30uvasunas
p. 288citacircunfereturcircunfertur.
p. 292l. 10cocodrilococodrillo
p. ibid.l. 19vecesvoces
p. 305l. 20inclinandoinclinado
p. 306l. 22QuantosQuanto
p. 310l. 7vezvoz

NOTA.

Como se creía, que bastarian dos Tomos para todos los Sermones del Señor Climent, que se dan al publico; se ofreció en el Prologo, que se pondria el Indice de materias en el segundo. Pero haviendose observado, que este Tomo abultaria mas de lo que corresponde; se ha considerado oportuno añadir un tercer Volumen, y poner á la fin de él el mencionado Indice, para que sea completo; imitando así la misma distribución de Volumenes, con que se dieron á luz las Platicas Dominicales del mismo Ilustrisimo Prelado.



BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



